



José Edwards: "Post Data"

Por IGNACIO VALENTE

Sólo por azar comento este libro a continuación de "Persona non grata" de Jorge Edwards. Que no se confunda el lector. Por lo demás, ambos libros son enteramente distintos. Este es un conjunto de relatos de publicación póstuma, recogidos entre los "cuentos, fábulas, mitologías, ensayos, piezas de teatro" del autor, un hombre de letras (1910-70) que fluctúa entre el pensamiento y la literatura, diletante en ambos oficios, a quien salva, sin embargo, la sinceridad y fuerza emocional con que buscó siempre respuesta al dilema metafísico y al misterio religioso de la existencia. La calidad personal de esa búsqueda irradia sobre estos fragmentos, y les concede un interés que supera su debilidad como lenguaje o arte narrativo.

El primer relato —"C"— representa bien la tonalidad del conjunto. Algo nos gana desde el comienzo, y es la conmovedora, patética angustia y esperanza del protagonista —del autor— frente al problema último de la existencia. A pesar de la manifiesta imperfección del estilo —algo ingenuo, sin lugar a ser más—, se nos transmite bien el desgarramiento del hombre frente a la gran pregunta. El personaje se llena de ira, de melancolía, de impaciencia, mirando cómo los hombres se apasionan por bagatelas —la producción y la sobreproducción, el erotismo, el dinero y las vacaciones—, mientras él se interroga febrilmente quiénes somos, de dónde venimos, adónde vamos. Las preguntas podrán ser clásicas y eternas, pero la vibración que asumen en este relato es fresca y nueva, contagiosa. La angustia va asumiendo poco a poco proporciones oníricas, de pesadilla; el clima del sueño adquiere un crescendo bien logrado, a medida que el protagonista se adentra en pleno solipsismo, en un mundo sin hombres —los asistentes a su conferencia son muñecos mecánicos—, y sale a las calles vacías con su locura metafísica auestas. Un estrechamiento pasealiano recorre este relato, no obstante la simpleza algo escolar de su hechura y lenguaje.

El problema de todo el libro es su fuerte carácter alegórico: los planteamientos filosóficos, existenciales o religiosos son más fuertes que su encarnación narrativa, demasiado simbólica y abstracta. Se

divisa siempre la prioridad del contenido; los personajes han venido después, a encarnar las ideas, de cuyo carácter abstracto no se han librado bien. Así en "La pieza", donde se plantea el problema del "doble"; el horror existencial de sentirse duplicado en otra persona. Lo mismo sucede en "Acto libre"; esta vez se trata del horror de estar determinado y previsto en todos los actos, incluso en el acto de sentir horror de estar determinado y previsto en... etc., como un mundo dentro de otro mundo que está dentro de otro mundo... "El hombre del sillón" desarrolla un problema sartreano: la mirada del otro que lo reduce a uno a ser un pequeño objeto del estero ajeno, si bien este problema se mezcla con otros y el resultado es poco claro. Como siempre, el problema planteado contiene más reflexión que acontecimiento, más abstracción que fantasía. A ratos se rozan ciertas intuiciones a lo Juan Emar, sólo que sin estilo, en frío, en filosófico.

"Dos en uno" cuenta la fusión de dos amantes en una suerte de andrógino; la imposible identidad amorosa se supone producida, con la consiguiente anulación del amor en la soledad del uno primordial. Como ocurre a menudo en este libro, el problema se desarrolla en el plano de la abstracción o de la fantasía filosófica, no de la realidad, lo que debilita mucho su fuerza narrativa y le da el aire de un juego intelectual. A su vez, "El paraíso" problematiza la idea de una arquitectura integralmente humana, idéntica, en cierto modo, a la existencia misma; la casa —el paraíso— se convierte en una obra de arte cuyo intérprete es el habitante. La idea es válida, pero la minuciosa descripción anula el acontecer mismo del relato. "La imposible ruptura del señor Espejo" repite, algo ingenuamente, el problema del "doble": el otro yo como reflejo. "La estatua de la diosa" es sin duda el mejor cuento del libro: desarrolla la vivencia infantil del paraíso original, la penetración dichosa entre el alma y el mundo, y la experiencia primitiva de la prohibición —el abismo de la libertad— y la caída. Pero esta vez la anécdota es vigorosa y adquiere fuerza propia; hay menos alegoría y más intuición concreta. Ya no hay "equivalencias", sino simplemente hechos, cargados desde su interior con una experiencia viva de la

libertad, del pecado, del castigo, de la existencia temporal.

Al lado de este cuento, "El masoquista" es simplemente una fantasía escolar, un ingenio menor. "Post Data" es, por último, una suplica a lo Unamuno, dirigida a la eternidad para que ésta exista, una dramática postulación religiosa que resume bien la preocupación de fondo del autor. La muerte, se nos sugiere, es una traición de todos para con todos. En estas condiciones, Edwards ejecuta una defensa ardiente de la resurrección de la carne, de la esperanza cristiana. "Para los Santos de Oriente, la carne no resucita; más aún, ellos piensan que la carne es ilusión o que no ha existido jamás. De acuerdo a sus enseñanzas, la sopa es una equivocación, el acto sexual es un sueño y la buena es un delirio o un espejismo; para ellos mi padre y mi madre deben disolverse y agregarse, despojados de todos sus atributos, fundiéndose o muriendo en un ser superior que rechaza los bigotes y los corpiños y los sombreros de paja, y que pulveriza los cuerpos, las manos, los dedos y las narices. Un Dios que no admite la eternidad de los rostros y de los senos, ni la divinidad de los órganos sexuales o de los estómagos; un Dios antropólogo que quiere devorar al hombre chupándolo, mastigándolo y digiriéndolo hasta identificarlo con él."

"Pero tú, Señor mío Jesucristo, no bases la ingestión sobre el amor; no pretendes destruirme ni violarme. Eres el Esposo y no el rufián. No deseas poseerme o pulverizarme, sino conversar conmigo por toda la eternidad. Tú deseas que mis padres subsistan tal como fueron y como tú los pensaste desde el principio de los tiempos: dos novios iluminados y frágiles que caminan abrazados por entre los árboles... Sólo tú eres semejante a mí y yo semejante a ti, como no fue jamás nadie semejante a nadie; sólo tú eres hombre, además de Dios, y me contiene sin negarme y sin cambiar ni un pelo de mi cabeza."

En estas páginas finales, el hombre se nos revela tal cual. No es, por cierto, un narrador; tampoco un ensayista. Es un Pascal silvestre y criollo, sin estilo, sin lenguaje, pero con algo de su pasión pensante y adriática. No gana sólo por eso, precisamente por eso, y a pesar de su escritura.

José Edwards, "Post data" [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

José Edwards, "Post data" [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile